

Barbanegra

Daniel Defoe





<https://cuentosinfantiles.top>

Del capitán Teach, alias Barbanegra.

Edward Teach era natural de Bristol, pero había navegado algún tiempo por Jamaica en barcos corsarios durante la última guerra con los franceses; sin embargo, aunque se distinguió a menudo por su extraordinario arrojo y valentía personal, jamás alcanzó ninguna clase de mando hasta que se dedicó a la piratería, lo que creo ocurrió a finales del año 1716, cuando el capitán Benjamín Hornigold le dio una balandra que había apresado, y con quien continuó asociado hasta poco antes de que Hornigold se entregara.

En la primavera del año 1717, Teach y Hornigold zarparon de Providence hacia los mares de América, y apresaron durante el viaje un billop (¿una chalupa?) de La Habana, con 120 barriles de harina, también una balandra de Bermudas, patrón Thurbar, al que le quitaron unos galones de vino y soltaron; y un barco que iba de Madeira a Carolina del Sur, del que obtuvieron un botín de considerable valor.

Después de limpiar en la costa de Virginia, regresaron a las Indias Occidentales, y en la latitud de 24° apresaron un gran buque de la

Guinea francesa que se dirigía a la Martinica, en el que, por consentimiento de Hornigold, embarcó Teach como capitán, y emprendió un crucero en él; Hornigold regresó con su balandra a Providence, donde, a la llegada del capitán Rogers como gobernador, se entregó a su merced, conforme exigía el edicto del rey.

A bordo de este buque de Guinea montó Teach 40 cañones, y lo llamó el Queen Ann's Revenge; y navegando cerca de la isla de San Vicente apresó un barco grande llamado el Great Allen, mandado por Christopher Taylor. Los piratas lo despojaron de cuanto consideraron de utilidad, desembarcaron a todos los hombres en la citada isla y prendieron fuego al barco.

Pocos días después, Teach topó con el Scarborough, buque de guerra de 30 cañones, al que presentó batalla durante unas horas; pero al encontrar al pirata bien tripulado, y comprobar su fuerza, puso fin al combate y regresó a Barbados, lugar de su base, y Teach prosiguió hacia la América española.

En el trayecto topó con una balandra pirata de diez cañones mandada por un tal comandante Bonnet, poco antes caballero de buena reputación y fortuna, de la isla de Barbados, al

que se unió; pero unos días después, al ver que Bonnet no sabía nada de la mar, y con el consentimiento de sus propios hombres, puso a otro capitán, un tal Richards, al mando de la balandra de Bonnet, y llevó al comandante a bordo de su propio barco, diciéndole que como no estaba acostumbrado a las fatigas y cuidados de semejante puesto era mejor que lo dejase y viviese cómodamente, a su gusto, en un barco como el suyo, donde no tendría que cumplir las obligaciones necesarias de un viaje.

En Turniff, a diez leguas de la bahía de Honduras, los piratas cargaron agua dulce; y mientras estaban fondeados vieron llegar una balandra. Richards, en la balandra llamada la Revenge, levó anclas y fue a su encuentro; aquélla, al ver izada la bandera negra, arrió su vela y se arrimó a la popa del comodoro Teach. Se llamaba la Adventure, de Jamaica, patrón David Harriot. Éste y sus hombres fueron trasladados al barco grande, y mandaron a otros tantos, con Israel Hands, maestro de navegación del barco de Teach, a tripular la balandra con fines piratas.

El 9 de abril, zarparon de Turniff, después de permanecer allí alrededor de una semana, y se

dirigieron a la bahía, donde descubrieron un barco y cuatro balandras, tres de ellas pertenecientes a Jonathan Bernard, de Jamaica, y la otra al capitán James; el barco era de Boston, se llamaba el Protestant Cæsar, y lo mandaba el capitán Wyar. Teach izó su enseña negra y disparó un cañonazo; ante esto el capitán Wyar y sus hombres abandonaron el barco y huyeron a tierra en bote. El cabo de brigadas de Teach y ocho de su tripulación tomaron posesión del barco de Wyar, y Richards capturó las balandras, una de las cuales quemaron con gran pesar de su dueño; también quemaron el Protestant Cæsar después de saquearlo porque procedía de Boston, ciudad donde habían sido ahorcados algunos hombres por piratería; en cuanto a las tres balandras de Bernard, las dejaron en libertad.

De aquí se dirigieron a Turkill y después a Gran Caimán, pequeña isla situada unas treinta leguas al oeste de Jamaica, donde apresaron un pequeño tortuguero; y a continuación a La Habana; de aquí a los Pecios de Bahamas, y de aquí pusieron rumbo a Carolina; en el viaje apresaron un bergantín y dos balandras, y luego fondearon frente a la entrada de

Charleston donde estuvieron cinco o seis días. Aquí apresaron un barco cuando salía con destino a Londres, mandado por Robert Clarck, con algunos pasajeros a bordo que iban a Inglaterra. Al día siguiente apresaron otra nave al salir de Charleston, y también dos pesqueros que entraban en dicho puerto; así mismo, cogieron un bergantín con 14 negros a bordo. Todo esto tuvo lugar frente a la ciudad, lo que provocó gran pánico en la provincia de Carolina, visitada poco antes por Vane, otro famoso pirata; y dado que no estaban en condiciones de oponer resistencia, se abandonaron a la desesperación. Había ocho velas en el puerto prestas a salir, pero ninguna se atrevía, ya que era casi imposible escapar de sus garras. Las naves con destino a dicho puerto se hallaban en la misma dramática disyuntiva, de manera que el tráfico con esta plaza quedó totalmente interrumpido. Lo que hacía más penosas estas desdichas era la larga y costosa guerra que la colonia había sostenido con los nativos, y que acababa de concluir cuando vinieron a infestarla estos ladrones.

Teach retuvo a todos los barcos y prisioneros, y como necesitaba medicinas, resolvió pedir un cofre al gobierno de la provincia; así que envió

a Richards, capitán de la balandra Revenge, y dos o tres piratas más, con uno de los prisioneros, el señor Marcks, al que habían cogido en el barco de Clarck, y éstos presentaron su demanda muy insolentemente, amenazando, si no mandaban en seguida el cofre de medicinas y dejaban volver a los embajadores piratas sin hacer ninguna violencia a sus personas, con matar a todos los prisioneros, enviar sus cabezas al gobernador y prender fuego a los barcos apresados.

Mientras el señor Marcks se dirigía al ayuntamiento, Richards y los que lo acompañaban anduvieron por las calles a la vista de la gente, que estaba inflamada de la más grande indignación, y los tenía por ladrones y asesinos, y en especial autores de sus daños y opresiones; pero nadie se atrevió ni a pensar siquiera en tomarse venganza, por temor a que esto les acarrease más calamidades. Así que no tuvieron más remedio que dejar que los villanos deambularan con total impunidad. No tardó el gobierno en meditar el mensaje, aunque era la mayor afrenta que podía habersele impuesto. Sin embargo, a fin de salvar tantas vidas (entre ellas, la del señor Samuel Wragg, miembro del

ayuntamiento), dieron satisfacción a esta necesidad, y entregaron un cofre, valorado entre 3 y 400 libras, y los piratas volvieron sin daño a sus barcos.

Barbanegra (que así llamaban a Teach por lo general, como se verá más adelante), tan pronto como llegaron las medicinas y sus compañeros piratas, dejó libres a los prisioneros y los barcos después de quitarles oro y plata por valor de 1.500 libras esterlinas, además de provisiones y otros artículos.

De la barra de Charleston se dirigieron a Carolina del Norte; el capitán Teach en el barco que ellos llamaban buque de guerra, el capitán Richards y el capitán Hands en las balandras, que ellos calificaban de corsarias, más otra balandra que hacía las veces de escampavía. Entonces se le ocurrió a Teach abandonar la compañía, quedarse con el dinero y lo mejor de las rapiñas para él y unos cuantos cofrades por los que sentía más amistad, y burlar al resto; así que, con el pretexto de entrar en la ensenada de Topsail a limpiar, hizo embarrancar su nave como por accidente, y a continuación ordenó a la balandra de Hands que fuese a ayudarlo y lo sacase, lo que se

apresuró a hacer Hands: llevó la balandra a la playa, junto a la otra, y embarrancaron las dos. Hecho esto, Teach subió a la escampavía, con cuarenta hombres, y dejó allí la Revenge; seguidamente cogió a otros diecisiete y los abandonó en un islote arenoso, como a una legua de tierra firme, donde no había pájaros, animales ni yerbas para subsistir, y donde habrían perecido si el comandante Bonnet no llega a recogerlos dos días después.

Teach se entregó al gobernador de Carolina del Norte, con unos veinte de sus hombres, y se acogió al edicto de Su Majestad, cuyo certificado recibió de su excelencia; pero no parece que su sometimiento a este perdón obedeciera a un deseo de corregirse, sino que se trataba sólo de una maniobra, en espera de una ocasión más favorable para dedicarse nuevamente a la misma actividad; ocasión que se presentó poco más tarde, con mayor seguridad para él, y muchas más perspectivas de éxito, ya que durante este tiempo cultivó muy buen entendimiento con el citado gobernador, el señor Charles Eden.

El primer favor que este amable gobernador hizo a Barbanegra fue darle derecho de

propiedad sobre la nave que había apresado cuando pirateaba en un barco grande llamado el Queen Ann's Revenge, para cuyo fin se convocó un tribunal de vicealmirantazgo en Bath-Town; y aunque Teach no había recibido en su vida ninguna comisión, y la balandra pertenecía a unos mercaderes ingleses y había sido apresada en tiempo de paz, sin embargo, le fue adjudicada como presa tomada a los españoles. Estos amaños muestran que los gobernadores son sólo hombres.

Antes de salir en pos de aventuras se casó con una muchacha de unos dieciséis años en una ceremonia que ofició el propio gobernador. Igual que aquí es costumbre que los case un sacerdote, allá es que lo haga un magistrado. Y ésta, según me han informado, hizo la decimocuarta esposa de Teach, de las que quizá vivían aún una docena lo menos. Su comportamiento en este estado fue algo extraordinario; pues mientras su balandra permaneció en la ensenada de Ocraoke y él en tierra, en una plantación donde vivía su esposa, adoptó la costumbre, después de pasar la noche con ella, de invitar a cinco o seis de sus brutales compañeros a bajar a tierra y obligar a

su esposa a prostituirse con todos, uno tras otro, en presencia suya.

En junio de 1718 salió a la mar para efectuar otra expedición, y puso rumbo a las Bermudas; topó con dos o tres naves inglesas en el trayecto, pero sólo les quitó provisiones, pertrechos y artículos necesarios para su gasto inmediato; pero cerca de las citadas islas topó con dos barcos franceses, uno de ellos cargado con azúcar y cacao, y el otro vacío, ambos con destino a la Martinica; al que no llevaba carga lo dejó ir, embarcando en él a todos los hombres del cargado, y regresó con éste y su cargamento a Carolina del Norte, donde el gobernador y los piratas se repartieron el botín.

Nada más llegar con la presa fueron Teach y cuatro de su tripulación a Su Excelencia, y prestaron declaración jurada de que habían encontrado el barco francés en alta mar sin un alma a bordo. A continuación se celebró el juicio, y se le adjudicó el barco: al gobernador le correspondieron sesenta bocoyes de azúcar, y a un tal señor Knight, que era secretario suyo y recaudador de la provincia, veinte; el resto se repartió entre los piratas.

El asunto no había quedado zanjado aún, porque el barco permanecía amarrado y podía entrar alguien en el río, reconocerlo y descubrir la granujada. Pero a Teach se le ocurrió una idea para evitar esta eventualidad, y con el pretexto de que hacía agua, y podía hundirse y obstruir la bocana de la ensenada donde se hallaba fondeado, obtuvo autorización del gobernador para adentrarlo en el río y prenderle fuego, lo que efectivamente hizo: lo quemó cerca de la orilla, se hundió el casco, y con él los temores de Teach de que se esgrimiese como prueba contra ellos.

El capitán Teach, alias Barbanegra, pasó tres o cuatro meses en el río, unas veces fondeado en ensenadas, otras navegando de una cala a otra, vendiendo a las balandras que encontraba el botín apresado, y a menudo ofreciéndoles presentes a cambio de los pertrechos y provisiones que les quitaba; esto cuando estaba de humor generoso, porque otras veces se conducía con total desvergüenza y les quitaba cuanto quería sin decir siquiera con permiso, sabiendo de sobra que no se atreverían a mandarle la factura. Bajaba frecuentemente a tierra a divertirse con los plantadores, donde se emborrachaba y

refocilaba día y noche; y era bien acogido por ellos, aunque no sé si por afecto o por temor. Él, a veces, los trataba cortésmente y les regalaba ron y azúcar en compensación por lo que les cogía; en cuanto a las libertades que (según se dice) se tomaban él y sus compañeros con las esposas e hijas de los plantadores, no me corresponde a mí decir si las pagaba ad valorem o no. Otras veces se portaba de manera altanera con ellos y les exigía una contribución; y más aún, solía tratar ofensivamente al gobernador, aunque no he podido averiguar que hubiese entre ellos el menor motivo de pelea, sino que más bien parecía hacerlo para demostrar que se atrevía.

En vista de que eran tan frecuentemente saqueadas por Barbanegra las embarcaciones que iban y venían por el río, deliberaron con los traficantes y algunos de los mejores plantadores sobre qué determinación tomar, puesto que estaba claro que era inútil acudir al gobernador de Carolina del Norte, a quien propiamente correspondía poner remedio, de manera que si no acertaban a encontrar alguna solución, Barbanegra reinaría probablemente con toda impunidad. Conque, con el mayor secreto posible, mandaron una delegación a

Virginia, para exponer el caso al gobernador de esa colonia, y solicitar una fuerza armada de buques de guerra que apresase o acabase con este pirata.

Este gobernador consultó con los capitanes de dos buques, el Pearl y el Lime, que se hallaban fondeados en el río James desde hacía unos diez meses. Se acordó que el gobernador debía alquilar un par de pequeñas balandras y tripularlas con gente de los buques de guerra; lo hicieron así, y dieron el mando al señor Robert Maynard, teniente del Pearl, oficial experimentado, y caballero de gran valentía y resolución, como se verá por su intrépido comportamiento en esta expedición. Las balandras fueron bien tripuladas, y pertrechadas de munición y armas de mano, aunque no montaron ningún cañón.

Por las mismas fechas en que zarparon, el gobernador convocó una asamblea en la que se decidió publicar un edicto ofreciendo recompensas a la persona o personas que, en el plazo de un año, apresasen o matasen algún pirata: este original edicto, que ha llegado a nuestras manos, reza como sigue:

el Vicegobernador de su Majestad, y Comandante en Jefe de la colonia y dominio de Virginia.

EDICTO

por el que se hacen públicas las recompensas por prender, o matar, piratas.

Por cuanto, en sesión celebrada en la capital de Williamsburg, el día once de noviembre, del quinto año del reinado de Su Majestad, ha sido aprobada una disposición para alentar el apresamiento y destrucción de piratas: se decreta, entre otras cosas, que toda persona o personas que, desde el día catorce de noviembre del año de Nuestro Señor de mil setecientos dieciocho, hasta la víspera del día catorce de noviembre, que será del año de nuestro Señor mil setecientos y diecinueve, apresare o apresaren cualquier pirata, o piratas, en la mar o en tierra, o en caso de resistencia matare o mataren a tal pirata, o piratas, entre los grados treinta y cuatro y treinta y nueve de latitud norte, y dentro de las cien leguas del continente de Virginia, o de las provincias de Virginia, o de Carolina del Norte, presentando pruebas fehacientes, o debido testimonio, de haber matado a tal pirata, o

piratas, ante el Gobernador y el Consejo, tendrá derecho a recibir y poseer del erario público, en manos del Tesorero de esta colonia, las diversas recompensas siguientes, a saber: por Edward Yeach, comúnmente llamado capitán Yeach, o Barbanegra, cien libras; por cada uno de los demás comandantes de barcos, balandras o embarcaciones piratas, cuarenta libras; por cada primer oficial, maestro, contramaestre o carpintero, veinte libras; por cada otro oficial inferior; quince libras, y por cada hombre de cubierta apresado a bordo de tal barco, balandra o embarcación, diez libras; y por cada pirata apresado en cualquier barco, balandra o embarcación perteneciente a esta colonia, o de Carolina del Norte, en el período antedicho, en cualquier lugar, las recompensas se pagarán conforme al grado y condición de tales piratas. Por tanto, para aliento de toda persona deseosa de servir a Su Majestad, y a su país, en tan justa y honrosa empresa, como es la de acabar con una clase de gente que en verdad puede calificarse de enemiga de la humanidad: juzgamos oportuno, con el asesoramiento y aprobación del Consejo de Su Majestad, hacer público este edicto, declarando que las dichas

recompensas serán puntual y justamente pagadas en moneda corriente de Virginia, conforme a las instrucciones dadas en la dicha sesión. Por lo que ordeno y decreto que sea hecho público este edicto por las autoridades municipales, en sus respectivos edificios, y por los párrocos y predicadores, en las diversas iglesias y capillas de esta colonia.

Dado en nuestra Cámara de Consejo de Williamsburg, el día 24 de noviembre de 1718, quinto año del reinado de Su Majestad.

DIOS SALVE AL REY

A. SPOTSWOOD

El 17 de noviembre de 1718, el teniente Maynard partió de Kicquetan (Hampton), en el río James de Virginia, y el 31 por la tarde llegó a la entrada de la ensenada de Ocroake, donde avistó al pirata. Esta expedición se realizó con el mayor secreto, y el oficial usó de toda la prudencia necesaria, impidiendo remontar el río a todo bote o embarcación con que se cruzaba, previniendo de esta manera que llegaran anticipadamente noticias a Barbanegra, al tiempo que las recogía él sobre

el pirata y sus cómplices, en qué lugar estaban apostados. Pero pese a esta precaución, Barbanegra recibió de su excelencia de la provincia información sobre el plan; y su secretario, el señor Knight, le escribió una carta poniéndolo al corriente del asunto, y comunicándole que le enviaba cuatro hombres, que eran los que había podido encontrar, en la ciudad o cerca de ella, y le advertía que estuviese alerta. Estos hombres pertenecían a Barbanegra, y fueron enviados de Bath-Town a la ensenada de Ocraoke, donde se encontraba la balandra, que estaba a unas 20 leguas.

A Barbanegra le habían llegado ya ciertos rumores que después habían resultado ser falsos, de manera que no dio crédito a esta advertencia, ni se convenció hasta que vio las balandras: entonces fue el momento de poner su nave en posición de defensa. Sólo tenía veinticinco hombres a bordo, aunque hacía creer a todas las embarcaciones que eran cuarenta. Una vez preparado para la batalla, desembarcó y pasó la noche bebiendo con el patrón de una balandra mercante que, según se cree, tenía más negocios con Teach de los que debía.

El teniente Maynard tuvo que fondear, ya que el agua era poco profunda, y el canal intrincado, y no había posibilidad de entrar esa noche a donde Teach estaba; pero por la mañana levó anclas, y envió su bote delante de las balandras para que fuera sondando; y cuando llegó a tiro de cañón del pirata, recibió su fuego; a lo cual Maynard izó la enseña del rey, y enfiló directamente hacia él, con toda la arrancada de que eran capaces sus velas y remos. Barbanegra cortó su cable, y trató de presentar batalla en retirada, sosteniendo con sus cañones un fuego continuo sobre el enemigo. Como el señor Maynard no tenía ninguno, mantuvo fuego con sus armas portátiles, mientras algunos de sus hombres se esforzaban con los remos. Al poco rato embarrancó la balandra de Teach, pero como la del señor Maynard tenía más calado que la del pirata, no podía acercarse a él, así que decidió fondear a medio tiro del enemigo; y a fin de aligerar la nave, y poder abordarlo, el teniente mandó arrojar todo el lastre por la borda, desfondar todos los barriles de agua, levar anclas a continuación, y seguir adelante; al observar esto Barbanegra les gritó brutalmente: «¡Malditos bribones! ¿quiénes

sois? ¿Y de dónde venís?» Y el teniente le contestó: «Puedes ver por nuestra enseña que no somos piratas.» Barbanegra le pidió que enviase el bote a su bordo, para así poder comprobar quién era. Pero el señor Maynard replicó: «No puedo desprenderme de mi bote, pero ya iré yo, en cuanto pueda, con toda mi balandra.» A lo que Barbanegra, tomando un vaso de licor, le saludó con estas palabras: «Así se condene mi alma si os doy cuartel, o si os pido ninguno.» En respuesta de lo cual, el señor Maynard le dijo que no esperaba cuartel de su parte, pero que tampoco él se lo daría.

A todo esto la balandra de Barbanegra flotaba con holgura, mientras que las de Maynard bogaban hacia ella con apenas un pie de agua debajo de la quilla, con lo que exponía a todos los hombres. Y al acercarse (hasta aquí había habido poca o ninguna acción por parte de ambos bandos), el pirata les mandó una descarga cerrada con toda clase de armas pequeñas: ¡Fue un golpe fatal para ellos! La balandra del teniente quedó a su merced, sufriendo veinte bajas entre muertos y heridos, y nueve la otra. No pudo evitarse, porque, como no había viento, se vieron obligados a avanzar con los remos, dado que de otro modo

habría logrado escapar el pirata, lo que al parecer no estaba dispuesto el teniente a que ocurriese.

Después de este desafortunado revés, la balandra de Barbanegra embarrancó de costado en la orilla; la del señor Maynard, llamada la Ranger, cayó de popa y quedó de momento impedida. Al ver el teniente que su propia balandra seguía libre, y que no tardaría en abordar a la de Teach, ordenó a todos sus hombres que se metiesen bajo cubierta, por temor a otra descarga, lo que habría significado su aniquilación. El señor Maynard fue la única persona que permaneció en cubierta, además del hombre del timón, al que ordenó que se tumbase y protegiese; y a los hombres de la bodega les ordenó que preparasen sus pistolas y sables para la lucha cuerpo a cuerpo, y subiesen cuando él ordenase. Con este fin colocaron dos escalas en la escotilla, para mayor celeridad. Cuando la balandra del teniente abordó a la otra, los del capitán Teach arrojaron varias granadas de una clase nueva, o sea botellas llenas de pólvora y munición pequeña, pedazos de plomo o hierro, con una mecha rápida en la boca que, encendida en su extremo exterior, entra velozmente en la

botella hasta la pólvora, y como se arroja instantáneamente a bordo, suele producir gran mortandad, además de gran confusión entre los tripulantes. Pero providencialmente, no tuvieron efecto aquí; ya que los hombres estaban en la bodega. Viendo Barbanegra pocos o ningún hombre a bordo, dijo a los suyos que les habían dado en la cresta a todos, salvo a tres o cuatro; y exclamó; «¡Saltemos a bordo y hagámoslos pedazos!»

Así que, en medio del humo de una de las citadas botellas, saltó Barbanegra con catorce hombres a la balandra de Maynard por las amuras, sin que éste los viera hasta que se aclaró el aire; sin embargo, dio la señal en ese instante a sus hombres, que subieron al punto, y atacaron a los piratas con una valentía jamás demostrada en una ocasión así. Barbanegra y el teniente descargaron los primeros tiros el uno sobre el otro, por lo que el pirata recibió una herida; a continuación se acometieron con las espadas, hasta que al teniente se le rompió la suya, y retrocedió para amartillar una pistola. Barbanegra le descargó un golpe con su machete, en el instante en que uno de los hombres de Maynard le dio un golpe terrible

en el cuello y la garganta, por lo que el teniente salió con un pequeño corte en los dedos.

Ahora estaban furiosamente empeñados en la lucha, el teniente y doce hombres contra Barbanegra y catorce, y el agua se teñía de sangre alrededor de la nave. Barbanegra había recibido en el cuerpo un tiro del teniente Maynard; sin embargo seguía en pie, y luchaba con furia tremenda, hasta que recibió veinticinco heridas, cinco de ellas de pistola. Por último, cuando amartillaba otra pistola (había disparado varias antes), cayó muerto; a la sazón habían caído ocho más de los catorce; el resto, con bastantes heridas, saltaron por la borda y pidieron cuartel; lo que se les concedió, aunque sólo sirvió para prolongar sus vidas unos días. Entonces apareció la balandra Ranger, y atacó con igual valentía a los que quedaban en la de Barbanegra, hasta que gritaron pidiendo cuartel también.

Éste fue el fin del valeroso bruto, que podía haber pasado por el mundo como un héroe de haberse consagrado a una buena causa; su desaparición, de tanta importancia para las plantaciones, se debió enteramente al comportamiento e intrepidez del teniente

Maynard y sus hombres, que habrían podido acabar con él con muchas menos bajas si hubiesen dispuesto de cañones; pero se vieron obligados a utilizar naves pequeñas debido a que los rincones y parajes donde se apostaba no admitían otras de más calado; y no fue pequeña la dificultad de estos caballeros para llegar hasta él, ya que embarrancaron lo menos un centenar de veces, cuando remontaban el río, además de otros contratiempos que bastarían para haber hecho renunciar sin deshonor a cualquier caballero, de haber sido menos firme y audaz que este teniente. La descarga que tanto daño les hizo antes del abordaje salvó con toda probabilidad al resto; porque antes de eso Teach tenía poca o ninguna esperanza de escapar, por lo que había apostado en la santabárbara a un individuo decidido, un negro al que había criado él, con una mecha encendida, para que la hiciera estallar cuando el teniente y sus hombres subiesen a bordo, con lo que podía haber dado muerte a sus vencedores, a la vez que a sí mismo; pero cuando se supo lo que le había pasado a Barbanegra, dos prisioneros que entonces estaban en la bodega de la balandra

consiguieron disuadirlo con mucho trabajo de ejecutar tan arrebatada acción.

Lo que resulta un poco sorprendente es que algunos de estos hombres que se comportaron tan bravamente contra Barbanegra se hicieron piratas después, y uno de ellos fue apresado con Roberts; aunque no encuentro que ninguno de ellos perseverara, salvo uno que fue ahorcado; pero esto es una digresión.

El teniente mandó cortarle la cabeza a Barbanegra, y colgarla en la punta del bauprés; a continuación se dirigieron a Bath-Town para que se atendiese a sus hombres heridos.

Debo señalar que al registrar la balandra del pirata se encontraron varias cartas y escritos que revelaban la correspondencia del gobernador Eden, el secretario y recaudador y algunos mercaderes de Nueva York con Barbanegra. Probablemente tenía suficiente respeto por sus amigos como para haber destruido estos papeles antes de la acción, a fin de que no cayeran en manos extrañas, y cuyo descubrimiento no sería de ninguna utilidad para los intereses y reputación de estos refinados caballeros, si no hubiese tomado la

firme decisión de hacerlo estallar todo cuando no hubiera posibilidad de escapar.

Cuando el teniente llegó a Bath-Town, tuvo la audacia de confiscar del almacén del gobernador los sesenta bocoyes de azúcar y los veinte del honrado señor Knight, que al parecer eran parte del botín tomado al barco francés. El señor Knight no sobrevivió mucho tiempo a este vergonzoso descubrimiento, porque el miedo a que le pidiesen cuentas de estas bagatelas le ocasionó tal enfermedad que murió a los pocos días; dicen que fue del susto.

Cuando los heridos estuvieron bastante recuperados, el teniente regresó a los buques de guerra del río James, Virginia, con la cabeza de Barbanegra todavía colgada de la punta del bauprés, y quince prisioneros, trece de los cuales fueron ahorcados, y un tal Samuel Odell, que había sido apresado en una balandra mercante la misma víspera del combate, como quedó claro en el juicio. Este pobre hombre fue poco afortunado al ingresar en el negocio, porque se le apreciaron no menos de 70 heridas después de la acción, a pesar de las cuales vivió y se curó de todas. La otra persona que escapó de la horca fue un tal Israel Hands,

maestro de la balandra de Barbanegra, y capitán de la misma antes de que se perdiese el Queen Ann's Revenge en la ensenada de Topsail.

El citado Hands no había tomado parte en la lucha, sino que fue apresado después en tierra, en Bath-Town. Hacía algún tiempo lo había lisiado Barbanegra, en uno de sus arrebatos salvajes, de la siguiente manera: una noche Barbanegra estaba bebiendo en su cámara con Hands, el piloto y otro hombre cuando, sin que mediase provocación ninguna, sacó secretamente un par de pistolas, y las amartilló debajo de la mesa; el hombre, al darse cuenta, subió y dejó solos a Hands, el piloto y el capitán. Éste, una vez preparadas las pistolas, apagó la vela, y cruzando las manos, las descargó sobre sus compañeros. Hands, el maestro, recibió el tiro en la rodilla, del que quedó cojo para siempre; la otra pistola no hizo blanco. Al preguntarle el porqué de esto, Barbanegra se limitó a contestar, maldiciéndolos, que si no mataba de cuando en cuando a alguno acabarían olvidando quién era él.

Al ser apresado Hands, fue juzgado y condenado; pero cuando lo iban a ejecutar llegó un barco de Virginia con un edicto por el que se prolongaba el plazo del perdón de Su Majestad a los piratas que se entregasen durante el breve período que se especificaba en él. A pesar de la sentencia, Hands alegó el perdón, y se le permitió acogerse a él; y hace algún tiempo aún vivía en Londres de la mendicidad.

Ahora que hemos referido algunos episodios de la vida y acciones de Teach, no estará de más que hablemos de su barba, ya que contribuyó no poco a que su nombre se hiciera tan terrible en esas regiones.

Plutarco y otros historiadores serios nos dicen que varios grandes hombres de Roma tomaron su sobrenombre de ciertos rasgos peculiares de su semblante; como Cicerón, de una señal o haba en la nariz. Del mismo modo, nuestro héroe el capitán Teach adoptó el sobrenombre de Barbanegra por la abundancia de pelo que, como espantoso meteoro, le cubría toda la cara y amedrentaba a toda América más que cualquier cometa que hubiese aparecido allí en mucho tiempo.

Esta barba suya era negra, y se la dejaba crecer hasta una longitud extravagante; en cuanto a su anchura, le llegaba hasta los ojos; y acostumbraba retorcerla en pequeñas colas sujetas con cintas, a la manera de nuestras pelucas ramillie, curvándolas hacia las orejas. En tiempos de acción, llevaba una eslinga sobre los hombros con tres pares de pistolas, metidas en fundas como cartucheras; y llevaba colgando mechales encendidas, cogidas con el sombrero, que le pendían a uno y otro lado de la cara; y como sus ojos parecían naturalmente feroces y salvajes, el conjunto le daba una expresión tal que la imaginación no concibe que una furia del infierno pueda ser más espantosa.

De haber tenido el aspecto de una furia, su talante y sus pasiones habrían estado totalmente en consonancia con él. Vamos a contar dos o tres extravagancias de este personaje que hemos omitido en su historia, para que se vea a qué abismos de maldad puede llegar la naturaleza humana si no se reprimen sus pasiones.

En la república de los piratas, el que llega al grado más alto de maldad es mirado con una

especie de envidia por los demás, se le considera excepcional, y por tanto tiene derecho a ser distinguido con alguna dignidad; y si además es audaz, sin duda será tenido por un gran hombre. El héroe del que estamos hablando era un caballero acabado en este sentido: a veces su maldad llegaba a tal extremo que parecía como si quisiese hacer creer a sus hombres que era el demonio encarnado; por ejemplo, estando un día en alta mar y algo cargado de bebida, dijo: «Venga, vamos a montar un infierno, a ver quién aguanta más.» Conque bajaron a la bodega él y otros dos o tres, cerraron la escotilla, llenaron varias ollas con azufre y otra sustancia combustible, y las prendieron fuego; y allí se estuvieron hasta que, casi al borde de la asfixia, uno de los hombres gritó pidiendo aire; finalmente, Teach abrió la escotilla no poco complacido de ser el que más había resistido.

La víspera de su muerte estuvo bebiendo hasta la madrugada con algunos de sus hombres y el patrón de un mercante; y al llegarles la noticia de que subían dos balandras en su busca, como hemos dicho antes, uno de estos hombres le preguntó si en caso de que le ocurriera algo en el combate con esas balandras, su esposa sabía

dónde había enterrado el dinero. Él contestó que eso no lo sabían más que él y el diablo, y que el que más viviese de los dos sería dueño de todo.

Los que fueron apresados vivos contaron una historia que quizá parezca un poco increíble, pero pensamos que no estaría bien omitirla, ya que la hemos oído de labios de ellos. Dicen que una vez, en un viaje, descubrieron que iba a bordo un hombre de más en la tripulación; lo vieron entre ellos varios días, unas veces abajo, y otras en cubierta, aunque nadie en el barco sabía quién era, ni de dónde había salido. Y poco antes de que el barco grande naufragara, desapareció. Por lo visto estaban convencidos de que era el diablo.

Cualquiera pensaría que estas cosas debían haberles inducido a reformar sus vidas, pero tantos réprobos juntos se alentaban y animaban en sus maldades, a las que contribuían no poco las continuas borracheras; porque en el diario que se encontró de Barbanegra había varias anotaciones, escritas de su puño y letra, del siguiente tenor: «Tal día se acabó el ron; la compañía andaba algo sobria. ¡Demasiado descontento entre

nosotros! Parecía una conspiración; no hablaban más que de separarse. Así que me apresuré a buscar una presa; el mismo día cogimos una con gran cantidad de licor a bordo; resultado: la compañía la agarró bien, condenadamente bien, y las cosas volvieron a marchar perfectamente.»

Así consumían estos desdichados sus vidas, con muy poco placer o satisfacción, disfrutando de lo que quitaban a otros violentamente, y con la certeza de pagarlo al final con una muerte ignominiosa.

Los piratas que murieron en combate fueron:

Edward Teach, Comandante

Philip Morton, artillero

Garrat Gibbens, contra maestre

Owen Roberts, carpintero

Thomas Miller, cabo de brigadas

John Husk

Joseph Curtice

Joseph Brooks I

Nath. Jackson

Los restantes, que fueron heridos, y ahorcados después en Virginia, salvo los dos últimos:

John Carnes

Joseph Brooks II

James Blake.

John Gills

Thomas Gates

James White

Richards Stiles

Caesar

Joseph Philips

James Robbins

Edward Salter

John Martin

Stephen Daniel

Richard Greensail

Israel Hands, perdonado

Samuel Odell, absuelto

Había en las balandras piratas, y en tierra, en una tienda de lona cerca de donde estaban fondeadas, 25 bocoyes de azúcar, 11 tercerolas y 145 sacos de cacao, un barril de índigo y una

bala de algodón. Con la venta de todo esto, y lo confiscado al gobernador y al secretario, más la balandra, se obtuvieron 2.500 libras (sin contar las recompensas que pagó el gobernador de Virginia conforme a lo anunciado en el edicto) que fueron repartidas entre la compañía de los dos barcos, el Lime y el Pearl, que se hallaban en el río James. En cambio los valientes que los apresaron sólo recibieron una parte como los demás, y aun así no la cobraron hasta cuatro años después.

Vamos a añadir aquí algunos detalles (no referidos anteriormente) relativos al famoso Barbanegra, sobre cuando apresó los barcos de Carolina del Sur e infestó esa colonia. Fue en la época en que los piratas habían alcanzado tal fuerza que no se cuidaban de protegerse de la justicia sino de aumentar su poder, mantener su soberanía en los mares y extender su dominio a las plantaciones y a sus mismos gobernadores; de manera que cuando los hombres de esos barcos subieron a bordo de sus captores, éstos conversaron con ellos con entera libertad, sin molestarse en ocultar sus nombres ni domicilios, como si fuesen habitantes de una nación legal y estuviesen decididos a tratar con todo el mundo a nivel de

un estado libre; y todos los actos judiciales los realizaban en nombre de Teach, al que daban el título de comodoro.

Todos los prisioneros de Carolina fueron trasladados al barco del comodoro, después de ser interrogados sobre el cargamento de sus naves y el número y condición de otros mercantes que había en el puerto, cuándo creían que zarparían y con que destino. Y tan solemnemente efectuaron el interrogatorio los piratas que juraron dar muerte al que mintiese, o desviase o eludiese sus respuestas. Al mismo tiempo, examinaron los documentos con la misma atención que si estuviesen en el despacho de un ministro de Inglaterra. Una vez claro el asunto en cuestión, se dio orden de devolver a todos los prisioneros a su propio barco, al que habían quitado todas las provisiones y pertrechos. Y lo hicieron con tanta diligencia y precipitación, que causaron gran terror a los infortunados, ya que creyeron que los llevaban a matar; y lo que les pareció que confirmaba esta creencia fue que no se tuvo en cuenta la condición de los distintos prisioneros, sino que mercaderes, caballeros distinguidos, y hasta uno de los hijos del señor Wragg fueron arrojados a la bodega de manera

confusa y tumultuosa y encerrados bajo los cuarteles, donde ni siquiera un pirata entró con ellos.

En esta desoladora situación dejaron a los infelices, lamentándose de su estado durante horas, y esperando a cada instante que prendieran un reguero de pólvora y los hicieran saltar por los aires, o incendiasen el barco, o lo hundiesen. Nadie sabía cómo lo harían, pero estaban convencidos de que, de una manera o de otra, todos iban a ser sacrificados a sus talantes brutales.

Pero finalmente, un rayo de luz reanimó sus afligidas almas: abrieron los cuarteles, y les ordenaron que fuesen otra vez a bordo del comodoro. Entonces empezaron a pensar que los piratas habían cambiado su salvaje decisión, y que Dios les había inspirado sentimientos menos opuestos a la naturaleza y la humanidad; y subieron a bordo, por así decir, con nueva vida. Los más importantes fueron conducidos ante Barbanegra, general de los piratas, que los conoció con ocasión de ese extraordinario proceso judicial, del que sólo fueron sacados mientras se celebraba un consejo general, tiempo en el que no se

consintió que estuviese presente ningún prisionero. Éste les dijo que la compañía necesitaba medicinas, y que debía proporcionárselas la provincia; que su primer cirujano había hecho una lista que iban a mandar al gobernador y al Consejo, con dos de sus propios oficiales, y que habían acordado retener a todos los prisioneros como rehenes hasta que regresasen sin daño ellos y el cofre de medicinas, pero que los matarían si no se cumplía puntualmente su petición.

El señor Wragg contestó que quizá no estaba en su poder cumplirla en todos los detalles, y que podía ser que alguna de las drogas de esa lista no se encontrase en la provincia; y si así era, esperaba que accedieran a que se supliese esa falta con alguna otra droga. Así mismo, propuso que fuese uno de ellos con los dos caballeros enviados en embajada, para que pudiese hacer ver el peligro en que estaban, e inducirlos más prontamente a acceder, a fin de salvar la vida de tantos súbditos de Su Majestad, y además, para prevenir cualquier insulto del pueblo llano (de cuya conducta, en semejante ocasión, no podía responder) a las personas enviadas.

Su excelencia Barbanegra juzgó razonable esta sugerencia y convocó otro consejo que aprobó igualmente la enmienda. Así que propusieron que fuese el señor Wragg, que era el primero en autoridad, y conocido como persona de gran comprensión entre los carolinianos, y este caballero mismo ofreció dejar un hijo suyo en manos de los piratas hasta que regresase, lo que prometió hacer aunque el gobierno rechazase las condiciones para la liberación: pero Barbanegra rechazó tajantemente esta petición, diciendo que sabía demasiado bien lo importante que era para la provincia, y que igualmente lo era para ellos, por lo que sería el último hombre del que se desprenderían.

Tras alguna discusión, decidieron que fuera el señor Marks el que acompañase a los embajadores. Abandonaron, pues, la escuadra en una canoa, y se acordó dar un plazo de dos días para su regreso. Entre tanto, el comodoro permaneció a cinco o seis leguas de tierra. Pero al expirar dicho plazo, y no haber salido nadie del puerto, condujeron al señor Wragg a la presencia de Teach, quien con expresión terrible le dijo que no debían burlarse, que imaginaba que les habían hecho alguna traición, y que eso no les acarrearía otra cosa

que la muerte inmediata. El señor Wragg suplicó que aplazase un día más la ejecución, porque estaba seguro de que la provincia estimaba mucho sus vidas, y se mostraría solícita hasta el último grado con tal de redimirlos; que podía ser que le hubiera ocurrido algún percance a la canoa al entrar, o que sus propios hombres fueran los causantes de tal demora, en cualquiera de cuyos casos no era justo que lo pagasen ellos.

Teach se aplacó de momento, y dijo que esperaría un día más; pero ¡cómo se enfureció al expirar este plazo sin que hubiesen regresado, llamándolos villanos mil veces y jurando que no vivirían dos horas! El señor Wragg hizo todo lo posible por aplacarlo, y pidió que pusiera un vigía. Las cosas parecían haber llegado ahora al extremo, y ninguno daba un ardite por su vida; los inocentes se sumieron en una inmensa agonía espiritual, pensando ya que nada sino un milagro podía impedir que fueran aplastados por el poder del enemigo, cuando vocearon desde el castillo de proa que había surgido a la vista un pequeño bote. Esto levantó sus espíritus abatidos, y renacieron sus esperanzas. Salió Barbanegra personalmente con su catalejo, y declaró que

podía distinguir su propia capa escarlata, que le había prestado al señor Marks para ir a tierra; tomaron esto como un aplazamiento seguro, hasta que llegó el bote a bordo. Entonces les volvieron los temores, al comprobar que no volvía ninguno de los piratas, ni el señor Marks, ni el cofre de las medicinas.

Al parecer, el bote lo enviaban muy atinadamente el señor Marks y los hombres del comodoro, no fuera que se interpretase mal la tardanza que había ocasionado un desafortunado accidente, a saber: que el bote enviado a tierra había naufragado, al volcarlo un súbito golpe de mar, y que los hombres habían llegado con gran trabajo a la playa de la deshabitada isla de (en blanco en el texto), a tres o cuatro leguas de tierra firme; y cuando llevaban allí algún tiempo, de manera que su situación se había vuelto extrema, puesto que no encontraban provisiones de ningún género, temiendo el desastre que podía acontecer a los prisioneros de a bordo, los tripulantes del bote hicieron subir al señor Marks sobre un cuartel, lo pusieron a flote en el agua, se desnudaron y zambulleron ellos, y nadando detrás, y empujando el cuartel, se esforzaron por todos los medios en llegar a la ciudad. Este transporte

resultó muy penoso, y con toda probabilidad habrían perecido de no haber salido esa mañana un pesquero que, al ver algo en el agua, se acercó, y los recogió cuando estaban ya casi muertos de agotamiento.

Ya providencialmente a salvo, el señor Marks fue a (en blanco en el texto) y alquiló allí un bote que le llevó a Charleston; entre tanto había enviado al pesquero a informarles del accidente. El señor Teach se apaciguó con esta información, y consintió esperar dos días más, ya que no parecían tener ellos ninguna culpa de este retraso. Al finalizar los dos días los piratas perdieron toda paciencia, y el comodoro sólo consiguió que les dejaran la vida hasta la mañana siguiente, si el bote no regresaba antes. Otra vez esperanzados, y decepcionados otra vez, los caballeros no supieron qué decir, ni cómo excusar a sus amigos de tierra; algunos dijeron a los piratas que ellos tenían los mismos motivos para culparlos de su conducta; que no dudaban, por lo que había ocurrido, de que el señor Marks cumplía muy fielmente su palabra, y que dado que habían recibido noticia de que el bote se dirigía sin novedad a Charleston, no se les ocurría qué era lo que retrasaba el

cumplimiento de la misión, a no ser que diesen más valor al cofre de las medicinas que a las vidas de ochenta hombres que ahora estaban al borde de la muerte. Teach, por su parte, creía que habían encarcelado a sus hombres, y que rechazaban las condiciones para la liberación de los prisioneros, y juró mil veces que no sólo morirían ellos, sino también todo hombre de Carolina que en adelante cayese en sus manos. Los prisioneros, finalmente, suplicaron que les concediese este único favor, a saber, que la escuadra levase anclas y se situase frente al puerto, y si entonces no veían salir el bote, los prisioneros los pilotarían hasta situarlos delante de la ciudad y que, si les placía destruirla a cañonazos, permanecerían junto a ellos hasta el último hombre.

Esta proposición de tomar venganza por la supuesta traición (como el comodoro dio en llamarla) agradó mucho al genio salvaje del general y sus brutos, y accedió al punto. El proyecto fue aprobado igualmente por los mirmidones, así que levaron anclas los ocho barcos en total, que eran las presas que tenían bajo custodia, y se desplegaron frente a la ciudad; los habitantes entonces tuvieron su parte de miedo, esperando nada menos que un

ataque general; los hombres fueron todos puestos en armas, aunque no tan disciplinadamente como se podía haber hecho si la sorpresa hubiera sido menor; en cuanto a las mujeres y los niños, corrían por las calles como dementes. Sin embargo, antes de que las cosas llegaran al último extremo, vieron salir el bote que llevaba la redención a los pobres cautivos, y la paz a todos.

Subieron el cofre a bordo, le dieron la aprobación, y después se enteraron de que el señor Marks había cumplido su parte, y la culpa del retraso recayó merecidamente en los dos piratas enviados en embajada; porque mientras los caballeros ayudaban al gobernador y el consejo en el asunto, estos dos caballeritos andaban de visiteo, bebiendo con sus antiguos amigos y conocidos, y yendo de casa en casa, de manera que no los encontraban cuando las medicinas estuvieron preparadas para ser llevadas a bordo; y el señor Marks sabía que supondría la muerte de todos si iba sin ellos, ya que si no volvían el comodoro no creería fácilmente que no habían obrado engañosamente con ellos. Pero ahora no se veían a bordo más que rostros sonrientes; la tormenta que tan pesadamente

había amenazado a los prisioneros había pasado, y le había sucedido un día radiante de sol. En resumen, Barbanegra los soltó como había prometido, los envió a sus barcos después de saquearlos, y se alejó de la costa como ya hemos contado.

Lo que sigue son reflexiones sobre un caballero ya fallecido que fue gobernador de Carolina del Norte, a saber, el señor Charles Eden. Lo que sabíamos de él, por informes recibidos después, carecía de los debidos fundamentos, por tanto es preciso decir algo aquí, para borrar la calumnia arrojada sobre él por personas que juzgaron mal su conducta, dado el cariz con que se presentaron las cosas entonces.

Tras un repaso a esta parte de la historia de Barbanegra, no parece por ninguno de los hechos cándidamente considerados que dicho gobernador mantuviese correspondencia secreta o criminal con este pirata; y he sabido después, de muy buena tinta, que el señor Eden siempre se comportó, hasta donde alcanzaba su poder, de manera acorde con su cargo, y fue reputado de buen gobernador y hombre honesto.

Pero su desgracia fue la debilidad de la colonia que tenía a su mando, al carecer de fuerza para castigar las depredaciones de Teach, que señoreaba a su antojo no sólo en la plantación sino en la propia morada del gobernador, amenazando con destruir el pueblo a sangre y fuego si se hacía alguna ofensa a él o a sus compañeros, de manera que a veces situaba su nave frente a la ciudad en posición de combate; y una de ellas, en que sospechaba que se había fraguado un plan para apresarlos, bajó a tierra, fue bien armado al gobernador, dejando órdenes a sus hombres a bordo de que si no regresaba en el plazo de una hora (como pensaba hacer si estaba en libertad), arrasasen la casa sin más, aunque estuviese él dentro. Tales eran las ultrajantes insolencias de este malvado, y tenía tanta capacidad de hacer daño que quería que lo vengasen de sus enemigos como fuese, aun a riesgo de su vida, con tal de conseguir su propósito.

Hay que decir sin embargo que Barbanegra, en cuanto a piratería, había obedecido el edicto, y satisfecho con ello a la ley; y que dado que poseía un certificado de puño y letra de su excelencia, no podía ser juzgado por ninguno de los crímenes cometidos hasta entonces, ya

que habían sido borrados por dicho Edicto de Perdón: y en cuanto a la confiscación del barco de la Martinica francesa que Barbanegra llevó a Carolina del Norte después, el gobernador procedió judicialmente. Convocó un tribunal de vicealmirantazgo, en virtud de su cargo, en el que cuatro de la tripulación declararon bajo juramento que habían encontrado el barco en la mar sin gente a bordo, de manera que este tribunal lo confiscó como habría hecho cualquier otro tribunal, y la carga se repartió de acuerdo con la ley.

En cuanto a la secreta expedición desde Virginia emprendida por el gobernador de esa provincia, tenía también sus razones secretas: los buques de guerra habían estado amarrados estos diez meses mientras los piratas infestaban la costa y hacían gran estrago, por lo que es probable que se les pidiesen cuentas. Pero el éxito de la empresa contra Teach, alias Barbanegra, evitó quizá tal investigación, aunque no estoy seguro en cuanto a qué actos de piratería había cometido después de acogerse al edicto; el barco francés fue confiscado legalmente como se ha dicho antes, y si había cometido depredaciones entre los plantadores, como ellos parecían quejarse, no

estaban en alta mar, sino en el río, o en la ribera, y no caían dentro de la jurisdicción del almirantazgo, ni de las leyes de la piratería. El gobernador de Virginia se tomó interés en el asunto, ya que envió al mismo tiempo una fuerza por tierra, y apresó gran cantidad de efectos de Barbanegra en la provincia de Eden; desde luego, era una novedad que un gobernador, cuyo mandato se limita a su jurisdicción, ejerciese autoridad en otro gobierno, y sobre el propio gobernador del lugar. De esta manera, el pobre señor Eden fue insultado y despreciado en todas partes, sin posibilidad de exigir justicia ni aducir sus derechos legales.

En resumen, para hacer justicia a la persona del gobernador Eden, que murió después: no parece por ninguno de los escritos o cartas encontradas en la balandra de Barbanegra, ni por ninguna otra evidencia, que dicho gobernador tuviese que ver en absoluto con ninguna práctica malvada, sino al contrario, que durante su permanencia en ese puesto fue honrado y querido por la colonia, por su integridad, honradez y prudente conducta en su administración; lo que no sé es qué asuntos mantuvo privadamente el entonces secretario

suyo; murió pocos días después que Barbanegra, y no se hizo ninguna investigación. Quizá no había motivo para ello.

FIN



<https://cuentosinfantiles.top>